

Cartas para Santiago 3

Pablo Ferretti



Image not found.

Capítulo 1

Cartas para Santiago 3

Me encantaría saber escribir, quisiera poder traspasarte más que solo palabras, quisiera poder hacer que sientas y hasta vivas lo que escribo aquí, en mis cartas, a veces lo que creo es una excelente idea en la forma de escribir, al volverla a leer, me doy cuenta que no llego a motivar, ni siquiera lo logro conmigo mismo, siento que lo que tipé, no halla el camino al corazón.

Esto de escribir se lo debo a mi viejo, a pesar de haber tenido pocos estudios, el realmente se esmeró en aprender todo lo que estuviera al alcance de sus manos, amaba leer, conocer, me contaba cosas que había leído y tenía la magia de hacerme sentir como vivencias sus lecturas, y cuando venía con alguna curiosidad nueva, era la máximo.

-¿sabes quién invento el televisor y como lo hizo? En mi infancia lo escuchaba con toda la capacidad de mis oídos. Cuando fui creciendo me pego la lectura con el fin de contarle también lo que había leído y aprendido y él ponía la misma cara que yo de pendejo con su cara asombrada y escuchando cada palabra que decía, me hacía grande, este hombre con conciencia o inconscientemente me pego la avidez de descubrir, de leer, de investigar, sin hacer imposiciones, solamente promoviendo mi curiosidad.

Me traspaso su pasión, desde muy chico, ojo, también debo admitir que en mi infancia me daba miedo mi viejo, como todos los padres antes, el rol del padre era el juez de la casa, impartía leyes y reglamentos y aunque jamás me levanto la mano, cuando me mandaba una cagada y después de varias amenazas de mi vieja, cuando él llegaba no sabía dónde esconderme y con la terrible necesidad que a mi vieja le agarre una laguna mental y se olvidara del hecho, esto nunca ocurría, ella se solía olvidar de algo que comprar en el almacén o la verdulería, pero de eso no, para nada.

Así que me reencontré con mi viejo después de los veinte años, una vez que la adolescencia paso, ya que como todo el que pasa por esa época, es irremediable revelarse contra la familia, la religión, los policías y todo aquel que no funcione bien a mis ojos, solo había amigos, música, salidas y muchísima noche.

Pero finalmente me reencontré, mis viejos ya separados, desde mis doce años, lo que al principio fue una tortura por parte de la puja en el acopio de amor por parte de mi hermana que tenía dos años y yo.

Cuando las aguas se calmaron, mis viejos se amigaron, quizás por nosotros, quizás porque algo se querían, aunque Vivian en diferentes casas, mi viejo venia de visita, hacíamos asados todos los domingos y para mí eso era una fiesta, al principio el asado lo hacia él y yo lo ayudaba y me quedaba desde que empezaba a juntar madera hasta terminarlo y servirlo, hasta que un día, me dejo hacerlo a mí, horrible idea, mi primer asado salió incomible, pero era mi primer asado y en sus ojos se notaba el orgullo.

Al tiempo ya me salían mejor y más ricos y mi viejo sentadito al lado mío, charlando, alcanzándome alguna cerveza y el, un vaso de gaseosa, no tomaba alcohol, solo se mojaba los labios en alguna reunión.

Recuerdo un episodio donde estaba yo haciendo un asado en el piso de tierra del fondo de la casa e mi vieja, como siempre, de repente el chorizo tiro más grasa que de costumbre y comenzó a incendiarse, me arrodille para soplar y poder apagarlo pero era muy intenso, mi viejo corriendo hasta una canilla que el mismo anulo con la promesa de arreglarla un día, abriendo la canilla sin resultados, obviamente. Mi hermana sentada con su vaso de gaseosa detrás mío, se levanta y tira su contenido al fuego, con bastante fuerza obviando que yo estaba en el medio del fuego y su vaso, así que yo que llevaba el pelo largo, termine embadurnado de una sustancia altamente pegajosa sobre mi nuca, después de varias puteadas inferidas a mi hermana, le quito el vaso de la mano voy hasta una pileta de lona a no más de dos metros de la parrilla, era pleno verano, llene el vaso con agua de la pileta y apago el fuego, a todo esto y sin perder el optimismo, mi viejo seguía intentando sacar agua de una canilla anulada.

Bueno así son las familias a veces cuerdas y otras veces haciendo pasos de comedia.

Mi viejo tenia miles de defectos, a mí no me importaban aunque mi vieja se ocupada de remarcarlos cada vez que podía, una separación no se olvida y los bordes siempre tienen asperezas.

Yo considero que lo supero con creces en defectos, nunca fue una meta, más bien se fue dando así, pero mi viejo realmente se esforzaba en hacer las cosas bien.

Con los años me junte, tuve un hijo y ya éramos tres los que hacíamos asado, mi viejo, mi hijo y yo. Dejando que mi hijo mueva el fuego con un atizador, como antes de él lo hacía yo.

Incluso cuando a mi viejo le agarro alzhéimer , seguía firme junto al asado, a pesar de ya tener poco que charlar, ahí estaba, sentadito, cada vez más callado, hoy que el yo no está, me cuesta muchísimo hacerlo, ya no está sentadito a mi lado, ya no tengo con quien charlar, mi hijo dentro de la casa, con su Tablet, jugando y charlando con amigos, me siento solo

a ver como el asado se va haciendo, con visitas esporádicas de mi vieja para alcanzarme algo o cruzar alguna charla, quizás porque me ve solo.

Vivo en departamento así que el asado cada vez me queda más y más lejos, la familia, que no es grande, se fue separando, mi hermana se juntó y tiene un hijo y aunque vive en la casa de mi vieja, nunca esta cuando quiero hacer un asado y las ganas tampoco acompañan.

Serán los nuevos tiempos, será que las cosas cambian muy rápido o yo tardo en asimilarlas, el reloj corre y no hay maquinas que lo devuelvan atrás.